



*La* HERMANDAD

*de la*

# NIEVE

JOSÉ VICENTE  
PASCUAL

*Novela histórica*



**Ediciones Evoke**  
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

**Evoke**  
Histórico-mitológico

# La Hermandad de la Nieve

José Vicente Pascual

*A Sonia López Maestro, mi mujer*

*Granada, tierra frigidísima y a la falda de la nieve.*

**Diego Hurtado de Mendoza**  
**Historia de la Guerra de Granada**

*La nieve, de vos presente, se muestra ser otra cosa.*

**Cancionero (¿1443?)**  
**Juan de Tapia**

*...por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido...*

**La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades**  
**Prólogo**

## **PARTE PRIMERA**

### **Las nieves del sur**

## 1

Álvaro de Bayos fue mi abuelo, y muy rico se hizo en Granada con la Hermandad de la Nieve. La fundó al año y tres meses justos de que sus majestades católicas doña Isabel de Castilla y don Fernando el de Aragón recibiesen las llaves de la ciudad por manos del último rey moro, Muhammad xi, a quien los cristianos llamaban Boabdélí y los de su misma estirpe Zogoibi, palabra que significa «El Desventurado» en la antigua aljamía que ya casi nadie habla en este reino. Mi abuelo nunca supo escribir ni leer, pero de números sabía y de nieve más que nadie. Por eso juntó tanta fortuna.

Álvaro Andrés de Bayos fue mi padre, quien tampoco supo leer ni escribir aunque sí aprendió el negocio de la nieve y el gobierno de la Hermandad. Fue un hombre magnánimo cuando las circunstancias lo permitieron; y si no era el caso, pues con frecuencia la vida y sus disturbios nos obligan a decidir entre lo malo y lo menos malo, tuvo fama de implacable.

Álvaro de la Santísima Trinidad de Bayos es mi nombre. Tuve cuatro hermanos mayores, por lo que no hubo necesidad de que me iniciase en los trabajos de la nieve. Aunque fui maestro del gremio nunca goberné a la Hermandad y sus allegados, lo que no sé si debe satisfacerme o he de tomar, quizás, como inadvertida pérdida de otra forma de vivir que mucho estímulo y acaso felicidad hubiese traído a mi existencia; aunque también digo y dicho queda: a estas alturas de mi edad, el asunto no me causa desazón ni me quita el sueño.

Aprendí a leer y escribir y otras provechosas artes en la escuela del licenciado Merino, servidor de la poderosa familia de los Hurtado de Mendoza, quienes siempre lo distinguieron con su protección. Saber letras no me hace mejor ni siquiera igual en méritos a mi padre y mi abuelo, pero dos ventajas me confiere: no echar de menos lo nunca su-

cedido, aquellos afanes bien intensos de emoción por los caminos de la Hermandad que, como digo, no fueron posibles y no añoro; y poder regalarme hoy, cuando acabo de cumplir los setenta y cinco años de mi edad, el discreto y urgente lujo de contar la historia de mi familia, redactarla y ponerla en pliegos de vitela para que de ella tengan memoria quienes apetezcan saber sobre nosotros, nuestra ciudad y nuestra Hermandad a lo largo de más de un siglo. Si a bastantes interesare, me daría por satisfecho. Si, por contra, solo yo y algún curioso despistado encontrásemos provecho en la lectura de estos cuadernos, tanto se me da y tanto me importa, pues no creo que el valor de los mismos se encuentre en los pocos o muchos ojos que en ellos se posen, sino en lo que sea yo capaz de relatar y cómo se diga lo que debe decirse; pues mi padre me enseñó desde primera hora que es necesario hacer lo que sentimos por obligación, sin dilaciones ni espera de recompensas. Al día presente, anciano y por demás achacoso, como corresponde a un varón de mis años, siento esa obligación de la que mi padre hablara con su acostumbrada sentenciosidad. El porqué del empeño, explicar estos anhelos despiertos en mi ánimo, los que me agitan y me llevan del sillón y el fuego hogareño a la mesa de escribiente y guían los pulsos del cálamo y me impelen a redactar páginas de principio a fin, es asunto un tanto más complejo. Y para que se me entienda mejor en este punto, empezaré por el final.

Hace dos semanas presencié la quema de dos hombres en el Campo de Gracia, a las afueras de la ciudad, donde suelen instalarse las hogueras cuando el cabildo y la Chancillería y el Santo Oficio organizan ejecuciones. Ambos reos estaban acusados del vicio nefando, el cual es perseguido con mucho rigor en Granada desde que algunos escándalos por sodomía alcanzasen a familias encumbradas, motivo por el que bastantes hijos, criados, preceptores y amigos de la gente de seda y blasón hubieron de salir furtivamente del reino, para no remover habladurías y aplacar el fervor con que estos asuntos se comentaban de esquina en esqui-

na. Desde ese mismo momento, ya a salvo los sospechosos de perversión, protegidos por sus nombres y apellidos, hubo solemnes, encendidas predicaciones en todas las iglesias contra las usanzas, modo de vida y lujurias de los depravados; y se tomó la justicia muy a conciencia perseguir a quienes practicasen, fomentaran o encubrieran tales descarríos. Todo lo cual ha fomentado un ambiente convulso, de agitación colectiva y puntillosa diligencia por descubrir al pecador maldito, delatarlo y llevarlo ante los alguaciles de la Chancillería o los ministriles del Santo Oficio. Así es mi ciudad, esta Granada que duerme indolente por años y años en admirable desgana y de pronto, como aquel que despierta de un sopor demasiado extenso y ya harto aburrido, se viste y aliña con ganas de bullicio y organiza clamores públicos por cualquier causa que satisfaga la inquietud del vecindario, sea la misma de grave consideración o futilidad con suficiente arraigo en el sentir común para convertirse en muy santa causa. Así es ella, Granada, y así quienes la habitan y son sus dueños o inquilinos desde que el débil, atribulado y cien veces traicionado Zogoibi la entregase a sus católicas majestades, el primer viernes del primer mes del año del Señor de mil cuatrocientos noventa y dos, a las tres de la tarde, hora en que Jesucristo Hijo expiró en el Gólgota. Fueron día y hora cuidadosamente elegidos para la ceremonia, no cabe duda, y de aquellas decisivas minucias creo yo que viene a los granadinos su apego al poder simbólico de los pequeños detalles. Si se fijan en algo hermoso, breve y digno de admirar, lo llaman *collejo*. Si el pespunte hila fino sobre asuntos turbios, séase dicho su nombre verdadero: maledicencia y retorcida entraña. Pero como ellos y yo vivimos en el mismo sitio y nos llamamos vecinos y así será hasta el día en que deje este mundo, me conformo pensando que va lo uno por lo otro: la collejura por la mala uva, los silencios de siesta larga por los tumultos breves, el olor de las hogueras que impregna mortífero la ciudad y sus entornos por la fragancia de los días soleados, cuando el agua de la sierra baja briosa y límpida, flores de mil clases respiran radiantes a orillas del Dauro y las da-

mas se acicalan con perfumes de muguete para salir a la calle, unas camino de la iglesia y otras hacia el mercado, según sea condición de cada cual. A estas compensaciones entre lo bello y lo horrendo llaman equilibrio los filósofos y expertos en ciencia. Yo resignación le digo, pues todos tenemos nuestro criterio, y el mío, aun sin ser ingeniero ni filósofo, algo puede aún y algo se escucha y bastante pesa en esta Granada de tanto desvelo y tanto dormir plácido.

También creo, y es el mío un firme convencimiento, que los ajusticiados en el Campo de Gracia no eran auténticos reos de ningún delito sino víctimas de la excitación desaforada que recorre los ánimos con este asunto tan penoso y tan sórdido de la sodomía. Fueron presos, pasaron casi un mes en las cárceles de la Chancillería, padecieron interrogatorios y suplicios y siempre mantuvieron la misma versión sobre lo sucedido, a pesar de que el verdugo aplicara en ellos toda su pericia. Cautivos en celdas separadas, sin hablar media palabra entre ellos y, por tanto, sin posibilidad de urdir mentiras que los exonerasen, dijeron una y otra vez su verdad coincidente, la cual yo tengo por verdad, y porfiaron en ella con tanta vehemencia que hasta los relatores de la Real Chancillería y los comisionados del Santo Oficio llegaron a debatir sobre la posibilidad de que fuesen inocentes. Pero fue mucho el ruido organizado, demasiada la gresca de ociosos, metesillas y aficionados al espectáculo de las hogueras. Al final prevaleció el convencimiento de que si no en aquella ocasión, en otras habrían pecado, pues las trazas de su conducta así lo indicaban. Y fueron a la hoguera. El origen de su desdicha y el porqué de su destino, si no fuese por lo trágico, resultaría casi cómico.

Se llamaban Lucio Arredondo y Manuel de Gabias, y de ese mismo pueblo venían, de las Gabias, subidos en una carreta con tiro de mula donde cargaban cestas de higos muy dulces, recogidos en una huerta propiedad del primero. Se dirigían a Granada para vender los higos en el mercado próximo a la judería. Como era verano y hacía mucho calor, decidieron hacer un alto en el camino, a cobijo de una umbrosa revuelta del río Dílar, el cual habían cruzado

por la pontana de San Merlo. Decidieron también refrescarse con un baño en las fresquísimas aguas del río. Sin dengues ni miramientos, como era de natural en dos rústicos acostumbrados a la desenvoltura, se despojaron de calzado, camisas y bombachas, quedaron desnudos como al mundo viniesen y se arrojaron entre risas y resoplos a las aguas del Dílar, tan puras, pienso yo, como ellos mismos lo eran.

Al cabo de un rato de holgar y bracear en la poza donde se bañasen, uno de ellos, el llamado Manuel, dijo a su compañero: «Algo de hambre me ha entrado con el remoión. ¿Qué le parece, compadre, si me acerco a la carreta, tomo una de esas cestas y nos damos un buen atracón de higos?». A Lucio Arredondo le pareció acordada la idea, y en tanto Manuel salía desnudo de las aguas y se dirigía a la carreta, continuó regalándose en el goce del baño vespertino. Al poco, su amigo y socio Manuel, puesto en pie sobre el bastidor del carro, asomó desnudo, alzando una cesta de higos en la mano derecha: «¿Esta le parece bien, compadre?».

Los hombres crean las ocasiones, pero es el diablo quien las interpreta. Quiso la fatalidad que en ese mismo momento llegasen a la orilla opuesta del río un grupo de comadres, las cuales acudían cada tarde para lavar ropa. Viendo a Manuel en pie, desnudo, sujetando la cesta de higos y sonriendo oferente a su amigo y socio Arredondo, debieron de pensar que era aquella una torpe, muy grosera y muy depravada representación de *El nacimiento de Venus*, del gran Botticelli o cosa remotamente parecida, porque, en el transcurso de su existir, ninguna de aquellas mastuerzas había contemplado más obra artística que las imágenes de las iglesias de su pueblo, ni por supuesto conocieron reproducción, copia o algo que semejase al afamado cuadro del artista florentino. Ante la figura compuesta por Manuel y la escena completada por Arredondo esperando en el agua, no llegó a sus mientes más discurso que el de la ignorancia y, supongo, la maldad. «¡Maricones! ¡Maricones!», gritaron todas ellas, que lo eran en número de siete como

siete fueron las gorgonas que atormentaban a Prometeo encadenado. «¡Maricones!», repitieron sin dar ocasión de explicarse a los huertanos, los cuales, viéndose tan comprometidos, ende desnudos ante las arriscadas hembras, cometieron la imprudencia de huir a toda prisa, subidos al pescante y arreando a la mula sin tomar tiempo siquiera para medio vestirse. Esa misma tarde, el alguacil mayor de Churriana, pueblo del que eran vecinas las comadres, galopó hasta Granada, los localizó en el mercado y los puso presos ante la guardia de la Real Chancillería.

La quema de Lucio Arredondo y Manuel de Gabias fue rápida y, en lo que cabe, piadosa. El verdugo los achuquinó en cuanto los magistrados del Santo Oficio, cumpliendo la caritativa costumbre, miraron hacia los cielos, como si rezaran, para así facilitar la maniobra de estrangulamiento sin comprometer su conciencia con objeciones al protocolo mortal, pues nada habían visto. Apenas torturó el fuego a los suplicados, ese último consuelo les quedó. No gran cosa, según se mire, aunque mucho debieron agradecerlo, igual que todos cuantos se vean en idéntico trance. Dicho sea esto último sin dárme las de sabedor en ajenas experiencias ni ponerme en situación de nadie; mucho menos en el lugar de aquellos Lucio Arredondo y Manuel de Gabias que acabaron sus días ardiendo como teas.

Me hizo reflexionar, y mucho, la suerte de los carreteros. Quiénes eran en verdad, cuáles sus vidas, quién los amase y a quién amaran. Qué sueños los conmovían, qué industrias los ocupaban y qué esperanzas hubieron para ellos y sus hijos en un futuro que nunca alcanzaron, desbaratada su andadura en este mundo por el contratiempo grande entre los más grandes que es la hoguera. Y quién ha de llorarlos y recordarlos, qué viuda o hermana o madre les encargará misas de difuntos y qué sacerdote se atreverá a oficiarlas; pues de sus familiares y amigos nada se supo, ni aparecieron durante el proceso para testificar a su favor ni, tras ejecutada la sentencia, para recoger sus huesos calcinados. Pueden más la vergüenza y el miedo que la compasión, es sabido, y en este caso viene de molde tan triste

certeza porque los descendientes y allegados de quienes perecen en la hoguera son cautivos del estigma por el resto de su vivir, y la gente los señala por la calle, y se aparta a su paso, y rumorean con inquina: «Míralos, son hijos de aquel pervertido al que dieron fuego en el Campo de Gracia». Bien seguro que los mismos reos, a través de tercerías que pagan los presos con buen metal, advirtieron a los suyos para que no intentaran aproximárseles ni decir una frase a su favor, ni una súplica, ni un rezo siquiera mientras ardían. Callar, humillar la vista, callar y asentir, disimular y callar... esa es la ley de quienes han de sobrevivir a los condenados, haya sido su ejecución por causa legítima o porque a unas comadres de Churriana les causara escándalo ver el desnudo de dos hombres que se bañaban en el río. No me extraña que en esta ciudad de bondades en silencio y pecados a voces se advierta tanto recelo a la costumbre del agua y el jabón: si agua fuese solo, fría o caliente, se tiene por hábito de moros, tan amigos de baños y otras ruindades; si con jabón, cosa de afeminados en tanto el enjabonado sea hombre; si fuere mujer, sus motivos habrá para que le sea necesario lavarse, ninguno de ellos honorable. Así son ellos, mis vecinos, y así piensan casi todos; y así hieden las iglesias en días de gloria santoral y en honras de difuntos. Gran invento fue el incienso purificador cuando el husmo de multitudes flota bajo techo sagrado, no cabe duda.

Por lo expuesto y por más motivos que irán diciéndose a lo largo de esta relación, no quiero callar por más tiempo ni velar en el arcón de los sigilos aquello cierto de mi vida y la de mis padres y abuelos, y de mi familia completa. Sé quién soy, quiénes hemos sido, qué hicimos y por qué así hicimos durante los muchos años en que la Hermandad de la Nieve recorrió sendas propias por estos dominios que hoy, a quince días del suplicio de los carreteros, aún apesantan a chamusquina. Mucho y con extrema dureza trabajaron los míos, pero siempre en prudente reserva, sin dar explicaciones a quien no se debían y sin desvelar los secretos de la Hermandad. Mucho ganaron en piezas de oro y plata,

pero nunca hicieron ostentación de ello. Fueron ricos, pero no poderosos. Ganaron el respeto de autoridades y vecinos, mas no su aprecio. Vivieron con holgura aunque siempre en humilde morada. Acrecieron la bolsa y callaron para que nadie escuchase el latir de su riqueza. Casi siempre consiguieron lo que se proponían, pero nadie supo nunca qué mano movió los hilos del azar y la voluntad, qué arbitrios pagó su oro y qué afecciones ganaron con promesas hasta que el designio fue cumplido. La Hermandad de la Nieve siempre mantuvo obligatorio sigilo sobre su menester; el sigilo se convirtió en misterio y el mismo misterio trasciende a la nada y nos encamina al puro olvido, lo que sucederá inevitablemente si alguien no acude con diligencia a la recordación y la fija como es de precepto en estos casos, sobre papel y en tinta indeleble, antes de que todos hayamos muerto y desaparezca nuestra memoria y ni los más chismosos de Granada, que los hay a legión, se molesten en relatar cuáles fueron nuestros méritos, cuáles nuestras virtudes y, desde luego, cuáles nuestros pecados, de los que también a legión puede hacerse contabilidad.

Soy el último de mis hermanos y el más longevo de ellos. La enfermedad y otras adversidades se llevaron a los demás, dos varones y dos mujeres cuyas vidas me fueron algo lejanas pero nunca extrañas, mucho menos indiferentes. El día en que yo también emprenda el último atajo que lleva a ultramundo —circunstancia que venteo demasiado próxima—, acabará la estirpe que ha comandado la Hermandad de la Nieve durante más de un siglo. El negocio y su regiduría pasarán a manos de una caterva dislocada de sobrinos, nietos, biznietos y otros afines que nada entienden de la nieve y ni por milagro comprenderían las mañas y trastiendas de este negocio. Son tan necios y tan codiciosos, y tan regalados en la ociosidad, que ya andan repartiéndose la herencia antes de que yo muera, y tienen riñas y pleitos mutuos, ya se achacan el querer de más o aceptar responsabilidades de menos, pelean como niños caprichosos y disfrutan como bobos de su futura riqueza cuando lo único cierto es que, en manos de esos gznápiros, la Hermandad de la

Nieve no perdurará más de cuatro o cinco años, plazo que calculo ajustado antes de que todo vaya a la bolsa de los prestamistas, los comerciantes de lucro, los maestros de sastrería, joyeros y demás espabilados que han de ripiar hasta la última moneda de los bienes acaudalados por tres generaciones de neveros. Así se las compongan mis sucesores con sus deudas de ricos empobrecidos, a mí ese asunto nunca me importó y no es momento de empezar a preocuparme por él.

No me inquieta lo más mínimo cuál haya de ser el futuro de la Hermandad de la Nieve, pero sí pienso en su pasado, su historia y hechos notables, tanto fuesen en relación a la industria que nos mantuvo dignos y holgados por mucho tiempo como concerniesen a la vida de cada uno de los nuestros, el intramuros de cada progenie, cada hombre y cada mujer que vivió y padeció y gozó junto a mis antepasados. De todo ello quiero hablar en estos memoriales, y que de toda historia y cualquier argumento se deduzca el último motivo, ya irrenunciable, que me mueve a escribirlos: que no se olvide a los míos, quienes fueron mi propio ser y dieron sentido a mi existir, que no caigan en obscena desmemoria sus pasos por este mundo y su larguísimo caminar por las sendas de la nieve. Que alguien, alguna vez, nos recuerde como lo que fuimos: hijos de Dios que hicieron lo debido y se guardaron como pudieron de las asechanzas del diablo. El bien o el mal que hayamos causado, de mis narraciones se deduzca y el Altísimo premie o perdone. El provecho que a nuestros vecinos llevásemos, sea causa de gratitud si tanto mereciese. Y el daño, que también lo hubo en ocasiones, se evoque sin rencor, acaso con algún atisbo de benevolencia para aquellos que, dedicados a acarrear nieve, más de una vez no pudieron librarse del mayor inconveniente de este oficio: helarse el corazón. Y si no hay perdón, haya censura, qué remedio. Más desasosiego me traen al alma las oscuras amenazas del olvido que el posible maldecir de alguna gente. O de mucha gente.

No haya olvido, me reitero. Es lo único que suplico al Todopoderoso en el día de la fecha, a nueve del mes de

agosto de mil y seiscientos y diecisiete años de la edad de Jesucristo Hijo de Dios y de la Santísima Virgen María. Amén y así sea.